LAS MUÑECAS

WONSEY

INSEPARABLES

DUNA ALBA

Título: Las muñecas Wonsey
Colección: Inseparables
Volumen: I

Diseño de portada e ilustraciones interiores: Nune Martínez
Maquetación: Nune Martínez
Corrección: Laura Sánchez y Tania Moreno
Primera Edición: abril, 2022.

©Duna Alba

ISBN: 9798484320844

Obra registrada en el Registro de la propiedad intelectual.

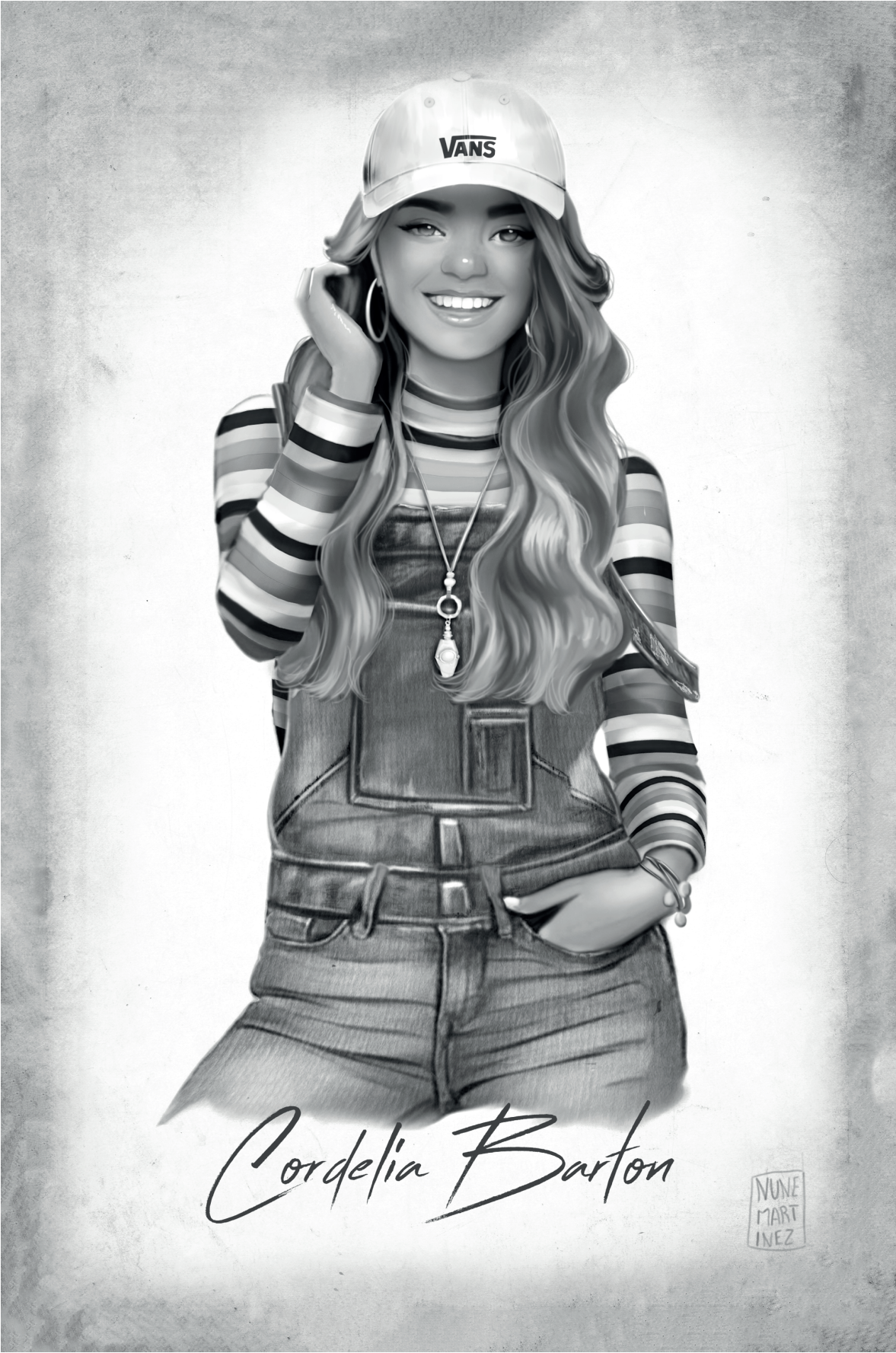
Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización de los titulares de la propiedad intelectual. Diríjase a Cedro si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

cedrocat@cedro.org

Para mi Akelarre. Fuisteis los primeros ojos que pasearon por estas páginas y le dieron color. Estoy deseando vivir los cientos de sueños que nos quedan por compartir.

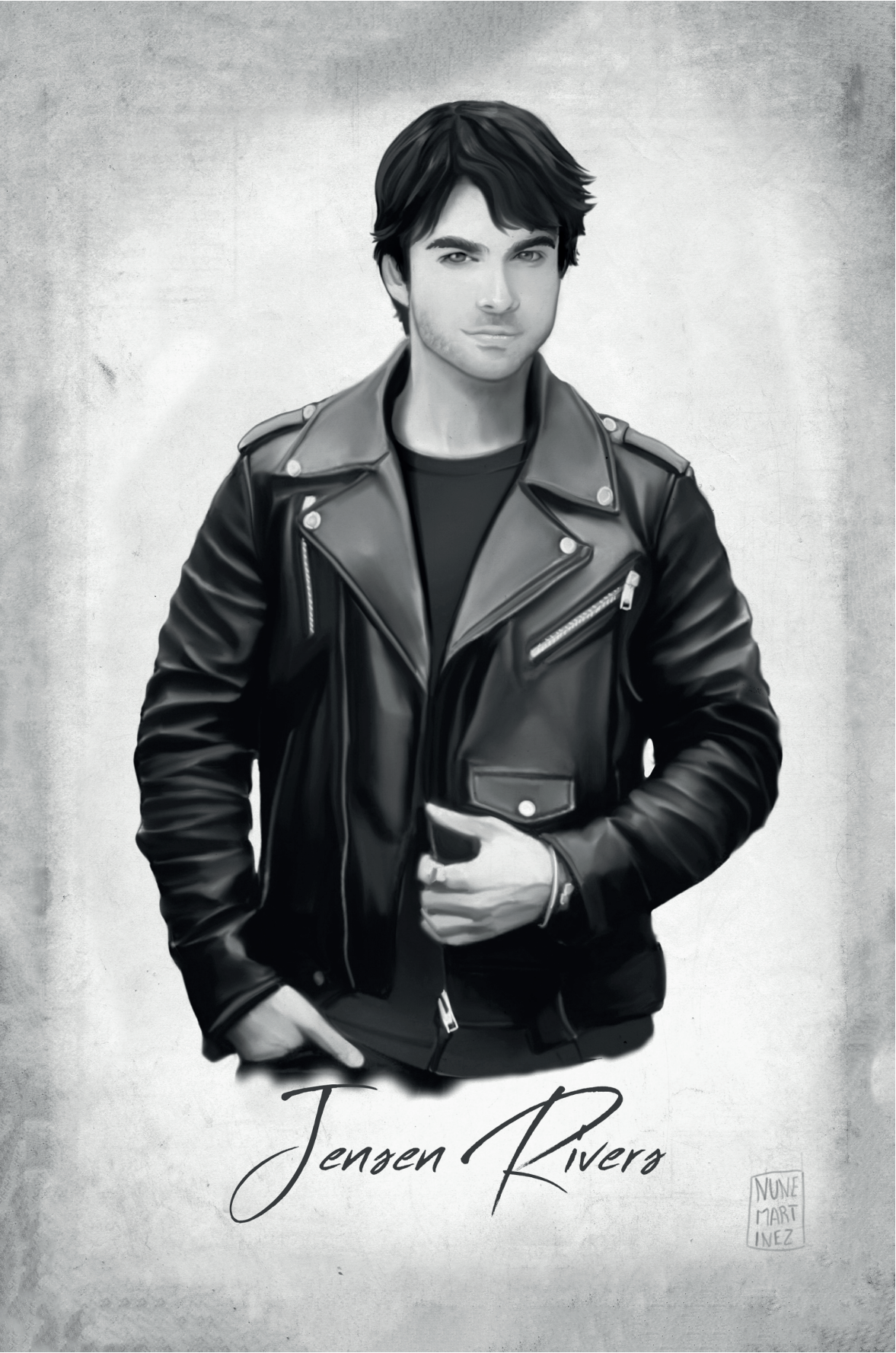
«Cuando eres niña, aprendes a ver cosas que no están.
Y cuando creces, aprendes a hacerlas reales».
La maldición de Hill House

Emma Davis
NUNE
MART
INEZ


VANS
Cordelia Barton
NUNE
MART
INEZ

Valery Blake
NUNE
MART
INEZ

Ryan Davis
NUNE
MART
INEZ


Jensen Rivers
NUNE
MART
INEZ

Prólogo

Domingo, 8 de marzo

El vaho formaba pequeñas nubes blanquecinas al escapar de sus labios. Hacía frío. Mucho frío. Se revolvió entre las mantas tratando de guardar el calor. Entornó los ojos e hizo un esfuerzo para enfocar la vista y lograr distinguir la posición de las agujas de ese viejo reloj que colgaba de la pared. El mismo que, por lo que ella suponía, llevaba incontables años parado. Gracias a la intensidad de la luna que se colaba por la ventana, vio sobre la mesita su teléfono móvil y esa pulsera de piedras blancas. Desbloqueó la pantalla y descubrió que apenas eran las tres de la madrugada.

Se negaba a salir de la cama. Estaba agotada. Su cuerpo necesitaba recargar las pilas, solo entornar los ojos le suponía un esfuerzo sobrehumano. Cerró los párpados con la esperanza de poder regresar a ese sueño que tantas horas le había llevado conciliar.

Pero no iba a ser posible. La ventana se abrió de golpe chocando contra una vieja estantería. Una figura de porcelana cayó al suelo aumentando el latido de su corazón, que amenazó con escaparle del pecho. El viento aullaba con fuerza y escuchó con claridad el fuerte oleaje. La marea había enloquecido.

Miró a su alrededor sin lograr tranquilizarse. Las sombras de la oscuridad se cernían sobre ella y la luz era tan escasa que la imaginación

se abría paso. Su mirada se desvió de nuevo hacia la ventana e intentó concentrarse en la lluvia. Las gotas no dejaron de caer durante todo el día, pero la suavidad con la que lo hicieron había sido sustituida por una fuerza desproporcionada. Jamás había escuchado llover de ese modo. La naturaleza mostraba su despiadado carácter y la antigua moqueta estaba siendo testigo de ello. El aire soplaba con tanta fuerza que las cortinas ondeaban hacia el interior rozando la cama donde se encontraba. Pensó en levantarse a cerrarla, aunque desechó la idea casi antes de concebirla, el cansancio la tenía paralizada.

Con los ojos abiertos de par en par, trató de acomodarse a esa oscuridad. Apoyó con dificultad la espalda en el frío cabezal de la cama. Su cuerpo se resistía a moverse. Una parte de ella estaba agotada, la otra aterrada. Tenía claro que no iba a ser fácil volver a sumirse en ese extraño sueño. Necesitaba relajarse, sabía que era imposible, pero tenía que hacerlo. Se repitió a sí misma que estaba en una casa antigua, que las corrientes de aire eran algo normal en lugares como aquel y que era lógico que las ventanas se abriesen cuando fuera se desataba una tormenta de aquel calibre.

Casi consiguió convencerse. Su respiración se había relajado y los párpados le pesaban tanto que comenzaban a cerrarse. Durante un segundo fantaseó con regresar bajo las mantas y rendirse de nuevo al sueño. Esa opción se evaporó al percatarse de que la puerta de la habitación también estaba abierta. No fue el hecho de vislumbrar el reflejo de la luna en el pasillo lo que la dejó petrificada. Que una casa vieja crujiese, que el aire abriese ventanas y puertas o que el frío estuviese congelándole los huesos podría considerarse normal, pero… ¿lo era la niña que la observaba desde el umbral?

Fue consciente de la fuerza con la que estaba apretando el edredón cuando el hormigueo se extendió por sus manos. Temió hacerse daño y un escalofrío le recorrió la columna al comprender que, de ser así, no podría evitarlo. Intentó cerrar los ojos, sus párpados se negaron con la misma fuerza con la que su cabeza lo hacía por girarse. No podía moverse. Su cuerpo no le respondía. Solo podía mirarla.

Tan quieta.

Tan serena.

Tan extrañamente familiar.

O sus ojos comenzaban a adaptarse a la oscuridad o la luna iluminaba con más fuerza, a pesar de las nubes que se empeñaban en cubrirla. Fuera lo que fuera, los rasgos de la niña comenzaron a perfilarse, haciéndola reconocible. Ya la había visto antes. La melena oscura que le caía sobre los hombros, el vestido claro con un lazo a la cintura y esos ojos oscuros, tan oscuros que podría jurar que eran negros… No obstante, lo que más le aterró fue el susurro que salía de su boca sin ni siquiera despegar los labios. ¿La estaba llamando?

Tenía que cerrar los ojos. Si conseguía hacerlo y contar hasta diez, despertaría. No era la primera pesadilla a la que se enfrentaba. Ya debería estar habituada. El proceso siempre era el mismo: la oscuridad, un lugar espeluznante, el bramido de las olas, una niña tenebrosa, y un grito que la hacía regresar a la realidad. Entonces, ¿dónde estaba el grito? ¿Por qué no podía emitir sonido alguno? ¿Por qué esta vez sentía que no estaba dormida?

Sin saber cómo, sacó los pies de la cama y los posó en las frías baldosas del suelo. Un nuevo escalofrío recorrió cada una de sus terminaciones nerviosas. Se puso en pie sin apartar la mirada de la niña, la cual giró sobre sus talones y echó a andar.

La siguió.

No podía oponerse a ello.

Su cuerpo se movía bajo un control desconocido. No la obedecía.

Los pasos que daba marcaban un ritmo lento y continuo. El silencio absoluto se extendía por la enorme casa. Era una amenaza tan siniestra como la oscuridad que la rodeaba. Anduvo despacio sin saber hacia dónde se estaba dirigiendo. Sus pies no se detuvieron hasta que llegó a atisbar un foco de luz concentrado justo encima de donde la niña se había detenido. La pequeña se giró lentamente hacia ella con el amago de una sonrisa en el rostro antes de desaparecer y dejar el protagonismo a una estrecha escalera que nacía del techo.

Un desván.

¿Había estado ahí todo el tiempo? No recordaba haberlo visto cuando revisaron la casa y, sin embargo, estaba accediendo a él por esa escalera cuyos peldaños no dejaban de crujir bajo sus pies.

Al llegar arriba, las piernas le comenzaron a temblar. No estaba convencida de que su cuerpo fuese capaz de continuar y, aunque no tenía intención de ponerlo a prueba, estaba claro que resistirse no era una opción. Se dejaría llevar. No opondría más resistencia. Despertaría de esa pesadilla cuando llegase el momento, hasta entonces se empaparía de lo que le ofrecía y se concentraría en lo único que podía controlar: respirar e intentar comprender qué hacía allí.

El ambiente estaba cargado. Iluminado por una secuencia de velas que colgaban de antiguos candelabros sujetos a la pared. Olía a quemado y a algo rancio que dejaba un sabor metálico en la boca. Sangre. Era como si allí hubiese litros de sangre esparcidos por el suelo, aunque a simple vista no se apreciaba más que una vieja y enorme butaca de piel y un pequeño escritorio. Sus pies continuaron moviéndose hasta que una de las ventanas se abrió despacio, permitiendo que una ráfaga de aire gélido le impactase en la cara para llamar su atención.

Junto a la cornisa estaba esa antigua muñeca de lana con un brazo extendido hacia el exterior. Siguió con la mirada la dirección que señalaba y la vio. Allí estaba la niña.

Fuera.

Bajo la lluvia.

El instinto de supervivencia hizo acto de presencia para rogarle que no se moviese. No quería salir ahí, aunque, sin ser consciente de cómo, ya se encontraba junto a la ventana. Rozó con la mano derecha la muñeca. Una angustia atroz se apoderó de ella al darse cuenta de que no estaba soñando. Realmente estaba allí. Era una pasajera dentro de su propia piel. Una mera espectadora.

Se apoyó en la cornisa y salió a la oscura noche. Apoyó los pies descalzos en unas resbaladizas tejas que se le clavaron en la piel como finas agujas. No estaba segura de que ese viejo tejado pudiese sobrevivir a la tormenta que caía sobre él. Tampoco lo estaba de su propia supervivencia a esa noche.

La niña se situaba a unos cuantos metros de ella. Al filo del abismo. Justo en el vértice que marcaba el fin del inclinado tejado a dos aguas. La expresión de su cara cambió ligeramente. Esa vez no era solo un amago, su boca se había tornado en una espeluznante sonrisa. Le tendió una de

sus manos pidiéndole que llegase hasta ella. Con la otra, señaló con determinación al precipicio.

Tardó unos segundos en comprender el motivo por el que esa pequeña de melena y ojos oscuros la había llevado hasta allí.

Quería que saltase con ella.

Al vacío.

TE
EXTRAÑO

Parte I

1

Miércoles, 26 de febrero

—¿Por qué hay que decir Bloody Mary tres veces? Yo he oído que son nueve.

La pregunta provocó que Cordelia ahogase un grito con un cojín que, por suerte, tenía a mano. Valery la miró de soslayo. No comprendía esa reacción tan exagerada. Era ella a quien tenían siempre encerrada hablando de espíritus y maldiciones. Desde que decidió unirse a esa locura, tenía que dormir con la cabeza tapada y, aun así, los dientes le castañeteaban esperando a que algún espíritu la devorase cada noche.

No. Definitivamente, Cordelia no tenía derecho de ponerse así, de modo que alzó la cabeza, frunció los labios y levantó las cejas esperando su respuesta.

—¿Y bien? —insistió.

—Te confundes con la versión española —respondió Emma mientras recogía su larga melena en una cola de caballo. La joven se puso de rodillas sobre la alfombra y abrió una bolsa de golosinas con forma de ositos de colores—. Es la misma historia, solo que allí en vez de Bloody Mary es Verónica.

Se puso a buscar entre el desastre de hojas y pósits que había des-

perdigado por el suelo y suspiró. Odiaba el desorden en el que acababa sumergida cada vez que trabajaba con Cordelia, su amiga era un imán para el caos.

Finalmente, desbloqueó su iPad y le mostró a Valery los datos que habían recopilado hasta el momento. Tenían un nuevo reto y estaban ansiosas. La leyenda de Bloody Mary era un clásico del que todavía no habían hablado en su canal. Cordelia y ella pasaban las horas muertas indagando en ese tipo de historias: espíritus, maldiciones, brujas… Valery solía fingir hacer cualquier otra cosa para no prestar atención, por eso siempre guardaba una lima de uñas en el bolso y presumía de llevar la manicura más perfecta de Greenville.

El problema de la leyenda de Bloody Mary es que variaba los hechos según la página de Internet a la que accediesen. El espíritu podía reconocerse con diferentes nombres, al igual que se mostraban diferentes rituales para invocarlo. Ni siquiera lograban encontrar un origen definitivo. En unos artículos, Mary había muerto tras ser enterrada viva; en otros, se decía que su vanidad no soportó que un chico desconocido le cortase el pelo y terminó suicidándose.

El caso es que debían terminar de recopilar la información esa misma tarde si querían publicar el vídeo a tiempo para no romper su rutina. Y resumir aquella enorme cantidad de datos en un vídeo inferior a diez minutos, capaz de saciar la curiosidad de sus seguidores, iba a ser un gran desafío.

—¿Ves? —exclamó Valery dirigiéndose a Cordelia—. Si me explicas las cosas, soy capaz de entenderlas. Que sea rubia no significa que sea tonta.

—El tinte te quemó las neuronas, asúmelo —le respondió en un susurro demasiado alto.

Valery le devolvió una mirada penetrante.

—Es natural —le espetó, colocándose la larga melena—, no como el tuyo. No me extraña que no te quites esa horrible gorra ni para dormir. Todavía me pregunto cómo se te ocurrió meter la cabeza en un bote de pintura rosa.

La aludida se incorporó con la boca abierta dispuesta a contraatacar con su peculiar y característico sarcasmo, pero Emma se lo impidió

colocando en sus manos la *tablet* con otro interesante artículo. Cordelia la miró con cara de pocos amigos y decidió centrarse en lo que estaban haciendo. Eso sí, antes sacó de su bolso la mencionada gorra de varios colores que tanto odiaba Valery y se la puso para hacerla rabiar.

—Em, como no dejes de buscar artículos, va a preparar tu fiesta de cumpleaños Casper. El fantasma que no da miedo —explicó por si quedaba alguna duda.

Emma casi sonrió.

—Tenemos un canal que se basa en leyendas. No podemos aportar pruebas de lo que ocurrió, pero sí contrastar toda la información que nos encontremos. ¡Ese es nuestro trabajo! Se lo debemos a nuestros seguidores, mirad lo que pone aquí…

Sus amigas no se movieron ni un ápice. Emma se puso en pie y se acercó al mueble de la esquina para llenar un vaso de agua. No había nada que le apeteciese menos que celebrar su cumpleaños. Adoraba a sus amigas, el problema era que no sabía cómo hacerles entender que ese año no estaba para fiestas. Faltaba gente, demasiada. Y ella se estaba encargando de echar de su lado a los pocos que quedaban.

Se masajeó las sienes para espantar el eco de los reproches y gritos que se dieron en ese mismo salón la noche anterior. Después de esa desastrosa cena, decidió quedarse en la casa vacía de sus padres para no tener que dar explicaciones. Necesitaba estar sola. Pensar. Acurrucarse en la cama con Míster Bony, su viejo conejito de peluche, y olvidarse del mundo hasta que la despertasen los habituales ruidos de los obreros que llevaban a cabo la nueva reforma orquestada por su madre.

El timbre sonó.

—La fiesta no importa ahora, chicas —dijo Emma dirigiéndose a la entrada—. Además, sabéis que odio las tartas de cumpleaños y no harán nada bien a tu dieta, Val.

Se ganó una mirada afilada de sus amigas que la persiguió hasta la entrada.

Emma llegó a la puerta principal y un extraño escalofrío le recorrió el cuerpo. Las llamas de las velas que Cordelia solía encender cuando investigaban algún suceso paranormal comenzaron a titilar.

«Uno, dos, tres…», contó mentalmente, una rutina que había adop-

tado para relajarse cada vez que se encontraba con ellas. Solo verlas le hacía estremecerse. No le gustaban. Ni velas, ni cerillas, ni mecheros… Cualquier cosa capacitada para encender una llama le helaba la sangre.

—¿Quién es? —preguntó Valery despreocupada desde el salón.

Sacudió la cabeza y acercó la mano al pomo de la puerta para abrir sin preguntar siquiera. Era lo habitual en Greenville, un pueblecito donde nunca ocurría nada. La mayoría del tiempo incluso dejaban las puertas abiertas. No obstante, algo la retuvo antes de girar el pomo. Se inclinó hacia la mirilla y descubrió el porche vacío. Frunció el ceño extrañada y volvió a mirar. La puerta estaba fría, y sus manos se congelaron al tocarla. Emma se cruzó de brazos para mantener el calor. No iba a abrir. Quienquiera que fuese, ya se había marchado.

Emma regresó al salón y se encontró con la misma mirada afilada en el rostro de sus amigas. Si no fuera porque sabía que se enfadarían todavía más, se hubiese echado a reír. Eran tan distintas como la noche y el día. Cordelia con su apariencia desaliñada, esos rizos alocados de color fucsia y su piel oscura, no encajaba con el tono rosado de Valery y su lacia melena rubia. Cordelia con un peto vaquero, Valery con una minifalda. Cordelia con unas Converse, Valery con tacones de diez centímetros hasta para sacar la basura. Totalmente opuestas, pero cuando se unían, solían conseguir lo que se proponían. Y en este caso tenían un objetivo común: celebrar su cumpleaños.

—Mirad —comenzó Emma con tacto—, os agradezco de corazón todo lo que estáis haciendo. Sé que la fiesta ya está organizada, pero estoy desganada y…

—Si lo haces por mí… —intervino Cordelia con las mejillas encendidas—. Te prometo que estoy mejor… Ya he superado lo de Ander.

Mentira. No lo había superado. Nadie podía superar el perder a un hermano que no llegó a cumplir los veintidós años. Se podía aprender a vivir con ello. Nada más.

Había pasado más de año y medio desde la muerte de Ander. Una tragedia que conmocionó al pueblo, ya que se trataba de un chico joven, deportista y con una salud de hierro. ¿Una repentina intoxicación tras una noche de fiesta? Parecía absurdo. Sobre todo, porque Ander odiaba beber. Que muriese tras tomar una copa para impresionar a una chica

solo fue una broma cruel del destino.

—No… No es por ti. —Se sentó a su lado.

—Claro que no —añadió Valery—. Que te emborracharas y confundieses un bote de pastillas con uno de caramelos no tiene nada que ver con que este año Emma nos quiera dejar sin fiesta.

Directa. Sin filtros. Emma desearía tener un calcetín a mano para metérselo en la boca de vez en cuando.

—Val, ¿conoces la palabra tacto?

—Lo siento —dijo avergonzada. Si aprendiese a pensar antes de hablar, se ahorrarían muchos disgustos—. Pero, es que no entiendo a qué viene esto. Creía que estábamos de acuerdo en pasar un buen rato con personas de este mundo que ignoren las maldiciones y vuestra colección de películas de terror. Nos lo merecemos, Davis. Te lo mereces.

—Para ello no necesito una bacanal de gente, solo a vosotras. Y deja de llamarme por mi apellido —respondió Emma molesta.

—Tu apellido suena más *chic*. Y a nosotras nos tienes más que vistas.

—No he dormido apenas en los últimos días.

—La fiesta es pasado mañana. Tienes tiempo para dormir —contraatacó.

—Mis padres no están.

—¿Y cuál es el problema? Si estuviesen tendríamos que aguantar una larga y aburrida cena.

—Mi hermano tampoco está.

—Más a mi favor. Tu hermano es imbécil.

—¿Qué pasó con Aiden anoche? —preguntó Cordelia cortando los incansables argumentos de sus amigas.

Emma levantó la mirada despacio. Cada una de las palabras que se dijeron la noche anterior regresaron a su mente clavándose como alfileres. La pasta italiana se quedó en los platos. El llanto dio paso a los reproches, a la decepción, al adiós. Lo aceptaba. Era lo que quería. Lo que necesitaba desde hacía meses. Entonces, ¿por qué dolía tanto?

—Hemos roto —musitó con la voz entrecortada.

—¡Será cabrón! —exclamó Valery indignada—. ¿En vísperas de tu cumpleaños? Yo lo mato.

—No. En realidad, solo lo hicimos oficial. Lo nuestro se había acabado hacía mucho tiempo. Vosotras mejor que nadie sabéis que las cosas no iban bien. El caso es que él quería arreglarlo y yo… —se le quebró la voz—. Me ahogaba solamente de pensar en continuar.

Cordelia asintió sin decir palabra y frenó a Valery haciéndole una mueca, antes de que volviera a intervenir. Cuando Emma llegó a Greenville, la primera sonrisa amable que encontró fue la de Cordelia. Puede que no se conocieran en las mejores condiciones, pero habían aprendido a entenderse con una simple mirada y eso era algo que en ocasiones molestaba a Valery. Esa conexión le recordaba que había llegado la última.

—No pienso cancelar la fiesta —remarcó Valery haciéndose notar—. Vamos a celebrar tu cumpleaños como es debido. Naciste al borde del abismo, Davis, un veintiocho de febrero. Con un poco de suerte hubiese sido el veintinueve y cumplirías un año cada cuatro. ¿Te imaginas?

—Tu sueño hecho realidad —ironizó Cordelia—. Pero déjame decirte algo, la piel se sigue arrugando igual. Piensa en una viejecita con la cara llena de arrugas alegando tener veinte años.

Valery frunció el ceño y a los pocos segundos las tres amigas estallaron en carcajadas con esa imagen en su mente.

—Dejemos al dichoso fantasma del espejo con mil nombres por un rato. —Valery amontonó los papeles en una mesa bajita de madera que había junto al sofá y desbloqueó su teléfono móvil—. Todavía nos queda tiempo para publicar el vídeo.

—Como se nota que tú solo lees el guion, sonríes y mueves el culo —murmuró Cordelia molesta.

—¿Perdona? —replicó asombrada.

Cuando Valery simplificaba la tarea que conllevaba la creación de cada documental, Cordelia se ofendía. Emma y ella tenían que compaginar el canal con la universidad y un trabajo los fines de semana para poder vivir en ese apartamento. La situación era un tanto estresante y en época de exámenes se convertía en toda una odisea.

Ese canal les había ayudado a ver que un futuro donde dedicarse a aquello que les apasionaba era posible. En apenas un par de meses, los seguidores alcanzaron cifras que las dejaron absortas. En menos de un año, daba dinero suficiente como para costear el alquiler de su apartamento y

algunos gastos básicos. Puede que no fuese suficiente como para vivir de ello, pero les abrió las puertas necesarias para creer que podrían ganarse la vida con lo que les gustaba.

Emma siempre había querido contar historias olvidadas, empaparse de ellas y mostrarlas al mundo bajo su punto de vista, por eso había decidido estudiar periodismo. Cordelia tenía auténtica adoración por los temas esotéricos, algo que le venía de familia, con lo que un canal de este estilo había sido como un regalo para ella. Sin embargo, este regalo terminó imponiéndoles algunos deberes. Tenían que arañar minutos al reloj para llegar a tiempo de preparar el vídeo cada semana. Recopilación de datos, redacción, grabar las tomas, editarlas, publicar el resultado final… Un sinfín de pasos que se bebían los pocos minutos que les sobraban del día.

Valery, por el contrario, ni siquiera cursaba una carrera. Su deseo era convertirse en modelo o presentadora de televisión y su padre le pagaba los gastos para mitigar la culpa de prestar más atención a las hijas de su segunda esposa que a la suya propia. De modo que, sin contar algún que otro *casting*, sus obligaciones diarias consistían en arreglarse para salir en cámara y leer el guion que Cordelia y Emma le preparaban.

—Esta mañana subí un par de *stories* anunciando la fiesta y no pienso retractarme. Me niego —añadió Valery echando un vistazo a su precioso reloj Lotus de edición limitada. No iba a caer en el juego de Cordelia, estaba cansada de que le reprochase lo mismo cada día. Estaban allí para animar a su amiga, no para discutir.

—¿Cómo? —inquirió Emma—. Creía que iba a ser una reunión de amigos. Amigos íntimos. Lo cual no abarca mucho más de las que estamos aquí.

Valery alzó las cejas sintiéndose descubierta.

—Esto… ¡No he visto cómo ha quedado la gran terraza! —respondió dando un salto del sofá.

El timbre volvió a sonar y Valery pensó que había sido salvada por la campana. Aprovechó que Emma se levantó para abrir la puerta y, sin añadir palabra, echó a correr escaleras arriba. A los pocos segundos la escucharon gritar:

—¡Joder, aquí huele a quemado!

Cordelia puso los ojos en blanco y acompañó a Emma hasta la entrada para ver quién había al otro lado. De nuevo, fuera no había nadie. Emma abrió la puerta y se asomó. Una ráfaga de aire gélido le impactó en la cara y la caló hasta los huesos. Notó que las rodillas le cedían. No sabía si su mirada se estaba tornando borrosa o el mundo comenzaba a perder color. Podría ser a causa de no haber comido nada, que sus amigas hubiesen aparecido con el mismo plato que iba a cenar con Aiden la noche anterior no ayudó. Estaba segura de que el mareo se debía a que estaba hambrienta.

Salió al porche y se abrazó para guardar el poco calor corporal que le quedaba. Debía estar alucinando, pues ni siquiera reconocía el lugar en el que estaba.

A la derecha se encontró con el balanceo de un desconocido columpio con los hierros oxidados. Siguió paseando la mirada a su alrededor. No había plantas ni ninguno de los elementos que su madre escogió con tanto esmero. Hasta las casas de los vecinos habían desaparecido. Aquello estaba muerto.

Una niña rubia de ojos verdes se acercó correteando sin reparar en ella. Jugaba con un peluche grisáceo cubierto de manchas de barro. La pequeña se sentó en el primero de los tres escalones del porche y colocó el osito de peluche al lado de una pintada color carmín que se extendía en el suelo:

POR SIEMPRE JUNTAS

Más que una promesa, parecía una amenaza.

El miedo que reflejaban los ojos de la niña se acentuó cuando se giró para clavar la mirada en la puerta que tenía a la espalda.

—¿Qué ocurre, cielo? —le susurró con dulzura.

No recibió respuesta. Quiso tocarla, pero no se atrevió. La niña dejó extendido el brazo y señaló hacia la puerta principal de la casa sin decir una sola palabra. Dejó que su dedo índice marcase la dirección que llevaba a la entrada. Dirección que siguieron los ojos de Emma hacia una vieja puerta que no reconoció pese a ser la misma que cruzaba cada día.

Sobre el marco de madera de comenzaron a aparecer unos raspones que dibujaban unas letras.

Se acercó con pasos tan lentos que sintió que retrocedía en lugar de avanzar. Apenas conseguía que entrara oxígeno en sus pulmones. Se estaba quedando sin aire. El ambiente estaba cargado. Contagiado con miedo en estado puro. Observó el raspado que se extendía por el marco de la puerta e identificó unas letras irregulares que formaban una palabra.

En realidad, un nombre: Eva.

Ese nombre le provocó un pinchazo en el estómago. El oxígeno comenzó a luchar por alcanzar sus pulmones. Ya lo había visto. En sueños. Los mismos sueños en los que también aparecía una niña. Se giró y la encontró en la misma posición, abrazada a su sucio osito, con los ojos y el dedo índice apuntando hacia la puerta.

Emma retrocedió hasta colocarse a su altura. Se llevó las manos a la cara y se tapó los ojos. Tenía que despertar. Aquello tenía que ser otra de sus pesadillas. Esas constantes pesadillas que la asediaban desde hacía meses.

Se apoyó en una de las vigas de madera que limitaban la superficie del porche, el cual crujió. Todo en ese lugar crujía. El estado del suelo era lamentable. No reconocía dónde estaba. Las tablas más dañadas sobresalían y mostraban oscuras humedades. Nada que ver con el delicado y exquisito diseño que eligió su madre para el porche.

Al levantar la cabeza vio algo que la dejó sin aliento. Una sombra se paseaba al otro lado de la vidriera de colores que decoraba la puerta principal. Miró a la niña, que continuaba en la misma posición, y percibió que el osito de peluche se estaba tintando de rojo. El mismo rojo de la pintada del suelo. Sangre. Se quedó petrificada. El latido de su corazón iba a ensordecerla.

—¿Em? —escuchó una voz lejana.

Sus músculos no reaccionaban. Continuó con la mirada perdida en la extraña vidriera de colores que revelaba la presencia de alguien en el interior de la casa. Una sombra que amenazaba con atravesar la puerta.

Fuego. Comenzaron a aparecer llamas en la estampa, rodeando esa puerta, enmarcándola hasta dejar en el centro la vidriera de colores con esa silueta tras ella.

—¿Emma? —Sintió la voz más cerca que antes.

Cordelia zarandeó a su amiga trayéndola por fin a la vida. Los colores comenzaron a regresar. Las llamas se evaporaron devolviéndole el aliento. Miró hacia los escalones. La niña ya no estaba. El peluche también había desaparecido y los leves rayos de sol volvieron a caldear sus mejillas.

—¿Qué cojones acaba de pasar, Emma? —Los ojos castaños de Cordelia brillaban angustiados.

—Yo estaba… No… No lo sé.

Miró hacia la puerta y se encontró con el modelo vanguardista color nogal que había cruzado infinidad de veces. A la derecha no había rastro de ese raído columpio. Podía apreciarse una robusta mesa, del mismo tono que la puerta, rodeada de sillas y las plantas que daban vida a aquella pequeña estancia.

Emma volvía a estar en casa, pero su mente no dejaba de gritarle lo que su corazón ya sabía: no era la primera vez que visitaba aquel oscuro porche.

2

—¡Estás congelada!

Cordelia siguió a Emma al interior de la casa y le echó una chaqueta por los hombros. Estaba preocupada por ella. Por unos segundos notó como abandonaba este mundo para sumergirse en otro. Uno al que ella no podía llegar. La observó andar por el porche de la casa como si no viese ni escuchase nada, o al menos nada que ella pudiese ver. Tuvo que zarandearla varias veces para traerla de vuelta.

—Joder, tenías la mirada en otra parte. No me veías.

—Estoy bien —mintió con una leve sonrisa en los labios—. Ha debido ser un bajón de azúcar o algo así. Llevo demasiadas horas sin comer.

—No dejabas de pronunciar un nombre: Eva —añadió con cuidado Cordelia—. A veces, por las noches también…

Emma alzó los hombros, tratando de dar por zanjada la conversación. No quería dar explicaciones. Las pesadillas la habían acompañado desde que se fue a vivir con sus amigas. Comenzaba a acostumbrarse a despertar en medio de la noche con el corazón desbordado y empapada de sudor. Sabía que era muy posible que la hubiesen oído gritar en alguna ocasión. De cualquier modo, nunca hablaba de ello y si las chicas preguntaban, alegaba olvidar esos sueños en cuanto abría los ojos.

Que la oscuridad de la noche la aterraba desde que se mudó a ese apartamento era algo de lo que no quería hablar. No podía hacerlo. Tenía

miedo de que pensaran que estaba desestabilizada por la muerte de Nana y porque Ryan, incapaz de aceptar la pérdida de las personas que quería, decidiese irse del país para no enfrentarse a la realidad. Fue al quedarse sola, cuando Emma decidió volar del nido, y no hubo nadie en casa para despedirla. Esa noche comenzaron las pesadillas. Puede que el cambio de vivienda la hubiese descolocado o puede que estuviese perdiendo la cordura. A veces barajaba la segunda opción.

Lo único que tenía claro era que en esa ocasión no estaba durmiendo, por lo tanto, no se trataba de un mal sueño.

Regresaron al interior de la casa. Emma comenzó a recoger los apuntes y los artículos impresos que estaban desperdigados por todo el salón y a ordenarlos sobre la mesa. Normalidad. Necesitaba regresar a la normalidad y lo mejor era tratar de ignorar lo ocurrido e intentar poner algo de orden. Después, aceptó sin rechistar el vaso de leche tibia con unas galletas que le había preparado Cordelia.

—Sabes que puedes hablar conmigo, Em —susurró con un hilo de voz.

Lo sabía. Claro que lo sabía. Cordelia fue su salvavidas desde el primer momento que llegó a ese pueblo. Era casi como una hermana. Habían superado tantas cosas juntas que se sorprendía con solo volver la vista atrás. Aun así, no podía explicarle lo que acababa de ocurrir en el porche. No cuando ni siquiera ella misma podía comprenderlo.

Mientras que Valery dormía tapada hasta la cabeza cada vez que veían una película de terror, Cordelia era una apasionada del género que se bebía las historias que trataban sobre leyendas, mitos o sucesos paranormales. Por esa razón, Emma se encontraba tan inquieta. No era fascinación lo que veía en el rostro de su amiga en ese momento, sino miedo. Claro que, no era lo mismo leer un hecho que había ocurrido en la piel de otro a que te tocase de cerca.

El reloj de cuco sonó anunciando que eran las cinco de la tarde. Emma se dejó caer en el sofá y se quitó la goma del pelo soltando su oscura melena. Unos segundos después volvió a recogerla del mismo modo. Alineó los mandos a distancia que tenía en la mesa de enfrente y ahuecó los cojines golpeándolos sobre sus rodillas. Tenía que mantenerse ocupada. Deshacerse de esa soledad que el frío había instalado en su corazón.

La nada no era un lugar agradable en el que estar. Mucho menos cuando la soledad se acercaba a pasos agigantados.

Aiden ya no estaría a su lado. Esa era una de las consecuencias que ella misma había provocado. Sin embargo, la ausencia de Nana, Ryan y sus padres no era algo fácil de encajar por mucho tiempo que tuviese para ello.

—Vamos, Emma, desembucha —irrumpió Cordelia en sus pensamientos.

—No pasa nada. Estoy bien. —Otra mentira que había aprendido a pronunciar con la misma facilidad con la que comía ositos de goma—. Habrá sido un bajón de azúcar, apenas he comido desde ayer y no he pegado ojo. No puedo dejar de pensar en lo que pasó anoche. Te aseguro que no tengo el cuerpo para fiestas.

Esa era su salida. No quería usarla, pero era una opción bastante factible.

Lo ocurrido con Aiden, era algo que Cordelia ya esperaba. Emma salió a cenar la noche anterior con su novio casi por obligación. Sus amigas la esperaban de regreso en el apartamento temprano. Sin embargo, nunca llegó. Decidió quedarse en la casa de sus padres y ni siquiera respondió los mensajes de WhatsApp de Cordelia, salvo para avisarlas de que no volvería esa noche. Algo iba mal. No era la primera vez que Aiden y ella discutían. De hecho, era bastante habitual. Rompían y volvían con la misma asiduidad que la noche se convertía en día. Aunque últimamente la situación había cambiado. Habían dejado de discutir. Ya no había razón por la que pedir perdón. No existía reconciliación posible. De alguna forma, esos detalles habían dejado de ser importantes.

—Aiden y tú lleváis mucho tiempo juntos. Seguro que aún podéis…

Emma negó con una sonrisa fingida.

—Esa relación tenía que acabar. Sabes mejor que nadie que yo necesitaba que acabase… —Se pasó la manga de la camisa por la cara para secar las lágrimas.

Eso fue todo lo que se atrevió a decir. Si continuaba, volvería a hundirse en el llanto. Necesitaba esa ruptura, aunque no imaginaba que pudiese doler tanto. Tampoco esperaba que fuese a perder la cabeza y esa era la única explicación que podía dar a lo que acababa de ocurrir en el

porche. Pensar otra cosa sería como regresar allí. A ese frío en su interior que amenazaba con devorarla y se había apoderado de ella sumiendo su mundo en una escala de grises propia de cualquier película antigua de terror. Conocía la sensación de despertar de extrañas pesadillas. Había aprendido a cortar con esas emociones como si pulsase el mando a distancia de una televisión para apagar la imagen. Sin embargo, aquello…

Aquello era diferente.

Todavía le temblaba el cuerpo.

Giró la cabeza para mirar hacia la puerta de la entrada. Sentía la necesidad de volver a salir al porche y ver más allá. Comprobar si el mundo seguía teniendo color o si esa niña continuaba sentada en los escalones. Puede que todo hubiese sido una ilusión generada por el cansancio o una mala jugada de su mente. Puede que empezase a desvariar. También podría ser un modo de ver el dolor desde fuera. Esa niña temía algo, o quizás lo añoraba. Estaba sola en ese porche. Tan sola como se sintió ella el día que salió de su casa para mudarse con sus amigas. Estaba feliz de independizarse al fin. De ir a vivir con ellas y compartir la experiencia universitaria de un modo distinto.

Más adulto.

Más real.

No obstante, olvidar la razón por la que salió de la burbuja protectora que le proporcionaba la casa de sus padres, era imposible. Comenzó a soñar con la niña que acababa de ver en el porche. La misma niña con la que parecía tener algo en común: la soledad.

—Vale, ¿me enseñas el ático? —preguntó Cordelia cambiando de tema antes de que su amiga volviera a perderse—. Como dejemos a Val sola mucho tiempo es capaz de diseñar un sistema para comenzar a subir invitados con polea.

Una carcajada liberó unas cuantas lágrimas más. Su amiga la abrazó y juntas subieron las escaleras cuya pared lateral mostraba una serie de fotografías de Emma y de Ryan. Pequeños retratos enmarcados en plata antigua que llevaban allí desde que alcanzaba a recordar. Conforme subían las escaleras podían ver un desfile de imágenes de su niñez y la de su hermano, aunque este, de pequeño, solía esconderse cuando su madre aparecía cámara en mano. En las primeras fotografías que se mostraban

de él, tendría unos siete u ocho años y se pasaba el día con su capa de Superman y una pelota de baloncesto que encestaba en cualquier lugar posible: una papelera, la bañera, un macetero vacío… El caso era meter canasta; Emma era más pequeña y se paseaba por la casa con su melena recortada al estilo de su hermano y con una caja de colores en la mano.

En las últimas fotografías se mostraban sus diferentes etapas escolares. Ryan dejó el baloncesto por los números, era un chico de ciencia y se moría por comenzar su nueva vida; Emma había dejado los colores por una *tablet* donde escribía sus pensamientos, realizaba sus investigaciones e incluso redactaba los artículos que le gustaría leer. Habían cambiado muchísimo, la única constante era la ausencia de sus padres en esas imágenes, pues ni siquiera se molestaron en asistir a su graduación.

—¡Hostias! —exclamó Cordelia tapándose la nariz al alcanzar el piso superior—. Val tenía razón, apesta a quemado.

—Ya, los vecinos de enfrente tienden a obsesionarse con quemar cualquier cosa en la barbacoa de la terraza en cuanto sale un poco el sol, y el olor acaba aquí —explicó Emma entrando en su habitación para cerrar la ventana—. A veces cuesta elegir entre el calor y ese horrible olor a chamuscado.

Salieron a la terraza y entornaron los ojos para acostumbrarse a la luz del sol que brillaba con fuerza. Nada que ver con el intenso frío o el nublado día que había presenciado en el porche minutos atrás.

Valery se encontraba repantigada en uno de los cómodos sofás grabando un par de *stories*, estaba fascinada con los detalles. No era para menos, aquel lugar había dado un cambio impresionante.

La casa de los padres de Emma era un precioso edificio de época que compraron nada más llegar a Greenville; una casa muy antigua que, a día de hoy, seguían reformando. Apenas quedaban elementos originales en el edificio. Habían cambiado las puertas, las ventanas e incluso la distribución de las habitaciones. Los hijos del matrimonio crecieron escuchando las taladradoras, los martillos y el tarareo de los albañiles. No obstante, apenas recordaban los desayunos en familia, los cuentos

de buenas noches o las salidas al parque. Natalie era una interiorista y restauradora reconocida. Sus habilidades se requerían por todo el mundo, por lo que su marido decidió dedicarse a la compraventa de edificios antiguos para compaginarlo con el trabajo de su mujer. En definitiva, Emma y Ryan habían crecido coleccionando postales y viendo a sus padres una o, con suerte, dos veces al mes.

—Esa barbacoa es perfecta —anunció Valery animada poniéndose en pie—. Será algo sencillo y paga mi padre. —Les mostró la tarjeta de crédito y llegó hasta ellas dando dos saltos—. ¡Soy fan de tu madre! Este lugar está hecho para un artículo de revista de decoración.

Habían derribado un par de dormitorios de la segunda planta para dar espacio a una increíble terraza que invitaba a quedarse. En una de las esquinas se encontraba un enorme sofá *chaise longue* de combinación crema y ocre que encajaba a la perfección con el suelo en tonos madera. En el centro presidía una pérgola, resguardando unos sillones diseñados con la técnica utilizada para trenzar cestas y una mesita a juego en el centro.

—¡Es el sitio perfecto para tu vigésimo cumpleaños, Davis! Solo espero que no llueva —añadió mientras revisaba en su *smartphone* la previsión meteorológica.

Cordelia miró de reojo a Emma que se estaba contagiando de la alegría de Valery y comenzó a fingir que tiraba de una cuerda mientras formaba con sus labios la palabra «polea».

Regresaron al interior de la casa alabando las habilidades de Natalie para diseñar y decorar espacios. Emma estaba orgullosa de su madre, claro que sí, aunque sentía un vacío en su interior al recordar que todavía no había contestado a su último *e-mail*. En él le confesaba que necesitaba poner fin a su relación con Aiden y que solo con pensarlo algo se le desgarraba por dentro. Había esperado para poder hablarlo con ella en persona. Aunque no tuvo más remedio que asumir que sus padres, por primera vez, no celebrarían con ella su cumpleaños.

Escucharon el timbre desde la planta de arriba y Emma se detuvo

en seco al inicio de la escalera. Otro escalofrío se apoderó de su cuerpo. Cordelia, consciente de su estado, frenó el paso y la sujetó con fuerza del brazo.

—¡Voy yo! —exclamó Valery adelantándose.

—¿Qué ocurre? —susurró Cordelia.

Volvió a escuchar a su amiga como si estuviese lejos. Muy lejos. Los colores comenzaron a esfumarse de nuevo con la misma rapidez con la que desaparecían los retratos que había en la pared. Miró a su alrededor y comprobó que esa no era la escalera de su casa. Era otra diferente. Sus zapatillas habían desaparecido. Podía notar la gruesa alfombra borgoña que había bajo sus pies descalzos cubriendo los peldaños. Humo. El ambiente estaba cargado.

Acarició el pasamanos. Era de madera oscura, desgastada y partida a mitad de la escalera. La niña rubia la adelantó por la derecha mientras bajaba los escalones corriendo. Asustada por algo que Emma no alcanzaba a ver. Quiso seguirla, pero al agarrarse al pasamanos sus dedos se posaron justo en un raspón que dibujaba una «E» y una «A». ¿Eva? ¿Otra vez ese nombre?

—¡Joder, Emma!

Ese grito la devolvió de nuevo a la realidad. Los colores comenzaron a regresar como si alguien vertiese pintura en un lienzo en blanco. Las fotografías que decoraban la pared que recorría la escalera volvían a estar ahí como por arte de magia. Miró a su alrededor en busca de esa niña. Deseaba averiguar de qué huía.

—¿Estás conmigo, Em?

Giró la cabeza y vio a Cordelia a su lado. Las dos estaban tiradas sobre las escaleras.

—¿Dónde está Val?

—Ha bajado a abrir la puerta. Ya sabes que siempre tiene que ser ella quien reciba a… ¿Qué te ocurre?

Emma abrió los ojos aterrorizada. Se puso en pie y reanudó el paso. Bajó los escalones de dos en dos. Preocupada de que algo pudiese ocurrirle a su amiga.

Fuera no había calor.

No existía el color.

Solo la niña.

3

—¿Valery? —musitó con temor.

Ralentizó el paso, asustada. Bajó los peldaños finales con cautela y apartó la mano de la barandilla justo en el lugar donde la encontró destrozada en su visión. Agitó la cabeza y cerró los ojos con fuerza. ¿Comenzaba a confundir realidad con ficción?

La presión que sentía en el pecho se esfumó al percatarse de que el sol seguía brillando en el exterior y de que el calor inundaba su casa. No había colores grises. Tampoco frío.

Abrió los ojos como platos al reconocer a quién había junto a la puerta con una pesada maleta. Los miedos se volatizaron. La angustia se transformó en algo muy diferente.

—Hola, bicho.

—¡Ryan! —Emma corrió a la velocidad del rayo y se lanzó a los brazos de su hermano provocando que su maleta cayese al suelo.

No lo esperaba. Llevaba meses sin verlo. Apenas habían hablado por teléfono, sus conversaciones se redujeron a un puñado de escuetos *e-mails* o mensajes de WhatsApp. Lo echaba tanto de menos.

—¡Oh! El hijo pródigo ha vuelto —espetó Valery con ironía. No le hacía ninguna gracia la visita.

Ryan se carcajeó y le dedicó una reverencia a lo que ella contestó sacándole el dedo corazón.

—Os presento a Jensen —Ryan hizo señas para que su acompañante entrase en la casa—. Mi… ¿jefe? —preguntó con un tono divertido.

Se ganó un suave empujón de un joven moreno de mirada intensa y facciones marcadas que entró detrás de él. La presencia del recién llegado consiguió que el ceño de Valery se relajara por completo. ¿Cómo no había reparado en él? Era imposible mirar en otra dirección teniendo delante a alguien con esos ojos, esa boca…

Valery se humedeció los labios y Ryan puso los ojos en blanco. El recién llegado sonrió con gesto pícaro, consciente del efecto que solía causar. Sus ojos eran más azules que el cielo en una tarde de agosto. Iba cargado con dos cajas de regalo grandes.

—Pasará una temporada con nosotros. Él me alojó en su piso y ahora le devuelvo el favor —explicó Ryan—. Jensen, esta pesada de aquí —apuntó intentando desenganchar a Emma de su cuello—, es mi hermanita pequeña.

La chica soltó a su hermano y se giró para saludar.

—Tú… —titubeó Jensen clavando sus ojos en ella. Carraspeó al notar la confusión en la mirada de Emma. Una mirada que lo atrapó de inmediato—. No os parecéis mucho. Eres… esto… morena —finalizó y temió haber metido la pata nada más llegar. Aun así, no pudo reprimir la necesidad de tocar un mechón de la larga melena de Emma—. Y muy bajita.

Ella contuvo el aliento ante ese comentario. Era cierto. A su alrededor siempre habían existido rumores sobre su familia. Mentiras diseñadas por su tía Delilah y expandidas por su prima Brenda. Envidia hacia el éxito de su madre. Mientras que esta y Ryan tenían el pelo cobrizo y los ojos claros, Emma había salido a la rama de su padre y mostraba una mirada casi del mismo color que su larga melena: negra como el ébano. Un dato que su tía aprovechó para poner en duda la felicidad del matrimonio de su propia hermana.

—Ese insoportable balbuceo de un tío de metro ochenta quiere decir que le pareces guapa —soltó su hermano.

—Es que lo es —intervino Cordelia acercándose a saludar.

—Vaya, vaya. ¡Te veo bien, bombón! —exclamó Ryan revolviendo la melena alocada de Cordelia—. ¿Ahora lo llevas rosa? ¿Antes no era azul?

La verdad es que habían visto su pelo de todos los colores del arcoíris, pero ese tono fucsia formaba un cóctel explosivo combinado con su oscura piel.

—¡Apartad! ¿No veis que el chico va cargado? —interrumpió Valery. Apartó de un suave empujón a Ryan y entrelazó su brazo con el del chico moreno dispuesta a guiarlo hacia dónde hiciese falta.

—Vaya, Val —exclamó Ryan sarcásticamente—. ¿A mí no me saludas?

—Agradece que dejase a Cordi que te avisara de la fiesta —respondió ella con desdén.

El chico soltó una risotada.

—Como ya te ha dicho —añadió mirando a su amigo—, ella es Valery. Probablemente la persona que más me odie sobre la faz de la tierra.

—No sé si exageras o te quedas corto, encanto —respondió mordaz—. ¿Vamos a abrir los regalos, Em?

Valery arrastró a Jensen con ella hasta el salón, Cordelia la siguió y los hermanos fueron a la cocina a por algo de picotear.

Mientras Ryan revisaba la desértica despensa en busca de algo comestible, ella se hacía con una bolsa de ositos de goma.

—¿Todavía sigues con el vicio? Recuerda que…

—Se me terminarán cayendo los dientes —terminó Emma por él, echándose una gominola a la boca—. Creo que por este momento de placer haría un trato con la mismísima Hada de los Dientes.

Ryan alzó las manos.

—No, por favor, no castigues a tu adorable hermano con uno de los monólogos del canal de YouTube —se mofó Ryan—. Por cierto, ¿cuál de vosotras narró el guion? Porque esa no era Valery, estoy seguro.

—Lo hizo Cordi, pero lo escribí yo —sonrió orgullosa.

—Sabía que esa historia tan tétrica solo podría salir de la oscura y perversa mente de mi hermanita. En serio, una anciana envenenaba a niños con golosinas para robarle los dientes… Eres cruel y temeraria. —Señaló la bolsa de ositos de colores. Emma la apretó con fuerza, no iba a soltarla. Ryan soltó una carcajada y abrió la nevera—. ¡Guau! Cuánto tiempo sin ver cerveza con limón.

Emma alzó la cabeza.

—Son de Val. Como las cojas se va a mosquear. Es la única marca que le gusta.

—Bueno. Podemos comprar más. Además, no creo que la situación pueda empeorar —respondió abriendo una lata—. Ya me odia.

—¿Y no crees que es hora de arreglarlo?

Ryan miró a su hermana de soslayo intentando sacarle una sonrisa. No quería hablar de ese tema. Acababa de volver y no tenía ganas de recordar los mil y un pasos equivocados que dio antes de marcharse a San Diego.

Emma lo miró con el rostro serio. Dispuesta a no ceder. Podía aceptar que su hermano prefiriese huir a enfrentarse a los problemas, sobre todo cuando estos se presentaban afilados y dispuestos a arañarle el alma. Pero ocurrió algo con su mejor amiga y quería saber el qué. Llevaba meses aguantando el chaparrón de una Valery irascible que se ponía a maldecir cada vez que el nombre de Ryan aparecía en una conversación.

Merecía esa explicación.

Él era su hermano. Ella una de sus mejores amigas. Y ni siquiera sabía cuál fue el motivo que los había llevado a ese estado.

—Acabo de llegar. —Ryan puso morritos para ablandarla.

—Lo sé. Pero ignoraste cada uno de mis *e-mails* cuando tocaba el tema, Ry. Llevo demasiado tiempo esperando a…

—¿Y qué son unas horas más? —la cortó pasándole el brazo alrededor de los hombros para guiarla de camino al salón—. Anda, vamos con los demás. Ya tendremos tiempo de ponernos al día, no creas que no me he dado cuenta de que Aiden no está por aquí y yo no he preguntado.

Touché.

Emma seguía sin estar conforme, pero no iba a sacar a relucir lo que ocurrió con Aiden y sabía que su hermano no daría respuestas sin recibirlas. Así que terminó por dejarse llevar.

Se sentó en el sofá al lado de Cordelia, que no dejaba de navegar por Google.

—¿Qué buscas? —le preguntó.

—Algunos detalles para el argumento del vídeo. Falta algo que enganche, algún testimonio que se aleje de una novela cutre.

Así era Cordelia. Se pasaba la vida navegando por diferentes *blogs*

y páginas de Internet. Si no fuese por ella, el canal de YouTube al que llamaron *Scary Stories* no sería nada. Era la esencia. Conocía decenas de leyendas y le encantaba contarlas. Creía en lo sobrenatural, pero lo respetaba y, aunque se obsesionaba por comprender hasta el más mínimo detalle, jamás jugaría con ello.

En frente se encontraba Jensen, el cual no dejaba de mirarla de reojo mientras se resistía a los encantos de Valery. Hacía demasiado tiempo que su amiga no actuaba de una forma tan descarada. ¿Qué le ocurría? Se había quitado los zapatos y estaba sentada sobre sus talones en el sofá, al lado del chico, con una sonrisa boba en los labios y sin dejar de acariciarle el antebrazo.

Él parecía estar en su salsa. Con esa cazadora de cuero y esos vaqueros ceñidos derrochaba seguridad. Esa situación no debía de ser algo nuevo para él. Emma pensó que estaría más que acostumbrado a que se rindiesen a sus pies. Lo extraño era que su amiga, que siempre presumía de su capacidad para hacerse de rogar ante los chicos, estuviese rompiendo sus propias reglas de esa manera tan absurda.

Ryan lanzó una lata que Jensen atrapó al vuelo y fue ahí cuando Valery abandonó su papel de mujer fatal. Ahogó un grito cuando descubrió que se trataba de la bebida que ella había escogido para sí misma. Incluso cuando su padre se casó y su nueva mujer llegó a casa con el equipaje y dos niñas, Valery siempre se había sentido hija única. A la hora de compartir era quisquillosa. Reservada. Prefería regalar un vestido nuevo a sus amigas antes que dejarles husmear en su armario.

Le lanzó una mirada de odio a Ryan y este le respondió con una sonrisa tan amplia que quedaron al descubierto hasta las muelas del juicio.

—Está buenísima. —Dio un sorbo a su lata y vio cómo se fruncía el ceño de Valery—. ¿Quieres?

La chica se levantó del sofá indignada, agarró sus zapatos y se dirigió al baño con la excusa de retocarse el maquillaje. No iba a perder la compostura.

No otra vez.

No por él.

—Hermanito, deberías aprender a no ofrecer lo que tomas sin per-

miso —replicó Emma poniéndose en pie despacio y arrebatándole la lata de mala gana.

Ryan se quedó congelado a medio trago.

—¡Me encanta! —exclamó Jensen ante el carácter de Emma. Se quedó fascinado viendo como la hermana de su amigo se alejaba.

—Tío. Ni lo sueñes —gruñó Ryan. Su amigo sonrió y alzó los hombros—. Tiene novio —añadió dando la conversación por zanjada.

—O quizás no —intervino Cordelia desde el sofá de enfrente sin apartar la mirada de la pantalla de su móvil—. Llevas demasiado tiempo fuera de cobertura, Ry.

La sonrisa regresó al rostro de Jensen. Volvió a alzar los hombros y palmeó un par de veces a su amigo en la espalda antes de ir en dirección a la cocina, donde acababa de entrar Emma.

La encontró revolviendo los armarios. Apenas había algo comestible. Desde que se mudó al apartamento no había ido mucho por allí. Sus tripas comenzaban a protestar, las gominolas no podían considerarse comida de verdad.

—Me gustaría pedirte permiso.

Emma dio un respingo, no lo esperaba allí.

—¿Permiso? ¿Para qué? —preguntó confusa.

—Para invitar a alguien esta noche. Es una preciosidad que conocí en el avión y…

—Habla con Ryan, has venido con él —lo cortó sin dejar de revolver los armarios. ¿Acaso pensaba que podía interesarle lo que hiciese con su vida?

—No quiero que se ponga celoso, cree que la azafata le hacía ojitos a él. No deberíamos romper sus ilusiones.

—¿No crees que se dará cuenta cuando entre por la puerta?

—Es un poco cortito —añadió con soltura—. Y si tú estás de mi lado pues…

—Ya. De tu lado. ¿Te importa? —Le hizo señas para que se apartase de la nevera.

—Bueno, aclarado ese punto… Todavía no te he felicitado.

La voz grave del chico cerca de su cuello provocó que su pelo se erizara. Sin coger nada, Emma cerró la puerta de la nevera al notar su presencia detrás de ella.

—Tranquilo. No llegas tarde, el cumpleaños es el viernes.

—Siempre me ha gustado ser el primero —añadió, dándole un par de besos. Jensen la miró a los ojos y susurró—: Felicidades.

Emma soltó una carcajada inesperada. Odiaba a ese tipo de tíos. Solía evitarlos cuanto podía. Eran creídos, egocéntricos y se veían capaces de conseguir cualquier cosa solo con guiñar un ojo. ¡Bah! Si algo admiraba de Aiden era su sencillez cuando se convertía en el centro de cualquier situación con su mera presencia.

—Siento decepcionarte —musitó a media voz—. Pero el panadero de la esquina me felicitó esta mañana. Además, me regaló un dónut.

Eso necesitaba ella en ese momento, un dónut o algo dulce para que le quitase ese mareo que la atontaba.

Jensen sonrió con suficiencia revelando un hoyuelo que a Emma no le pasó desapercibido.

—Prueba suerte el año que viene —añadió alejándose de allí con un vaso lleno de agua, algo que no cumpliría su objetivo, pero allí no había nada más y no estaba dispuesta a salir con las manos vacías.

—Descuida, lo haré.

Jensen salió del sótano tras bajar el equipaje y colocarlo. Le encantó ese espacio. Ese sótano estaba dotado de cocina, baño, una sala de estar y un dormitorio. No había muchas paredes para delimitar las zonas, pero era justo lo que necesitaba. En ese lugar podría pensar y analizar la situación en la que se encontraba. Ahora estaba muy entretenido manteniendo una absurda conversación por Facebook con una chica a la que no conocía de nada. Era lo que solía hacer, conocer a chicas con las que no tenía intención de crear ningún tipo de vínculo y restar así intensidad a su mundo. No debía preocuparse por nada más, solo por disfrutar del momento. Regresó al salón y se tiró en el sofá al lado de su amigo mientras tecleaba

mensajes a toda velocidad.

Emma y sus amigas habían vuelto a inundar la mesa con documentos y apuntes. La celebración del cumpleaños seguía en pie pese a los constantes, e insignificantes, obstáculos que Emma se empeñaba en mencionar; aun así, tener a Ryan de vuelta la había animado, por lo que comenzó a meterles prisa para terminar de reunir los datos necesarios y poder esquematizar el guion. Con la fiesta, el viernes no harían nada y, con la resaca, el sábado también quedaba descartado.

—Me parece que nos va a tocar posponer el vídeo —musitó Cordelia agobiada ante aquel lío de artículos impresos—. ¡Dos meses por lo menos!

—¿No deberías ayudarlas? —preguntó Ryan desde el sofá en dirección a Valery.

La chica masticó su chicle de forma exagerada fingiendo revisar su móvil.

—Esa no es mi tarea.

—Le da miedo —intervino Cordelia.

—No me da miedo, es que mi papel está frente a la cámara. ¿Aparecéis vosotras en los vídeos? No, pues listo. El domingo ya me tocará estar presentable después del fin de semana de resaca. En serio, me parece una idea maravillosa lo de retrasarlo.

—Hay que justificar el carísimo maquillaje que te gastas. Si no hay vídeo, tu padre te cortará el grifo —concretó Cordelia.

Valery echó la cabeza hacia atrás abatida y resopló. Si podía seguir viviendo de su padre no era únicamente porque él se hubiese casado de nuevo, sino porque lo había convencido de que estaba sumergida en un importante proyecto y necesitaba que invirtiera en ella. Obviamente la inversión consistía en ayudarle a mantener su nivel de vida tras haberse independizado sin dar un palo al agua. Ella quería llegar a ser alguien importante, alguien famoso, y no tenía intención de alcanzarlo trabajando en cualquier cosa o asistiendo a la universidad. Algún día lo conseguiría. Había estado tan cerca, si no hubiese sido por…

—*Papaíto*, *papaíto* —canturreó Ryan. Valery le respondió con una mirada cargada de odio y él se carcajeó—. ¿A quién escribes tanto, colega?

—A una azafata preciosa que te ponía ojitos a ti, Ry —soltó Emma de pronto para que su hermano recibiese un poco de su propia medicina. No dejaba de picar a la pobre Valery.

—¡Eres una chivata! —exclamó Jensen divertido.

—Espera, ¿la pelirroja? —preguntó sorprendido—. La del tatuaje en…

—La misma.

—Eres un cabronazo con suerte. —Ryan estiró el puño para que su amigo lo chocase con él.

Emma y Cordelia fingieron no prestar atención, al contrario que Valery.

—Sois tan infantiles.

Ryan chasqueó la lengua y desconectó los auriculares de su móvil para dejar que los demás escuchasen lo mismo que él.

«*¿Estáis preparados para dejarme entrar en vuestra casa?* —sonó la voz coqueta de Valery a través del dispositivo—. *Bienvenidos una noche más a* Scary Stories».

—Ya veo que no puedes dejar de observarme —refunfuñó la joven.

Una carcajada se escapó de los labios del hermano de Emma.

—Creo que están preparados para que los dejes entrar en otro sitio.

Emma supo que su amiga comenzaba a irritarse de verdad y decidió intervenir:

—¿Por qué no dejas de hacer el imbécil, Ry?

—Porque es su naturaleza —respondió Valery.

—Cierto —respondió Ryan sin borrar la sonrisa de su cara—, al igual que la de ser sincero. Solo yo me atrevería a decirte que en ese vídeo tienes un ojo más grande que otro. ¿Será a causa de ese carísimo maquillaje o es cosa de genética?

Emma se puso en pie de un salto, sabía que Valery estaba a punto de arder en cólera. Así que fingió estar ofendida. Le quitó el móvil a su hermano y lo lanzó al sillón de enfrente. Rezó por no echarse a reír ante la situación. Estaba encantada con el regreso de Ryan y no podía evitarlo. No era consciente de hasta qué punto había extrañado sus salidas de tono e ironías. La casa había dejado de parecer vacía. Aunque le preocupaba la actitud de su amiga, ella estaba muy lejos de bromear.

—Tienes media neurona —espetó Valery molesta—. No das más de ti, ¿verdad? Pobrecito.

—¿Por qué no abrimos los regalos? —propuso Cordelia para ayudar a Emma a relajar los ánimos.

La aludida aceptó la salida que su amiga le estaba proporcionando. Ni siquiera recordaba los paquetes con los que habían llegado su hermano y Jensen horas atrás. Estaban en la mesa principal. Se acercó y cogió la primera caja.

—Gracias, chicos —musitó deshaciendo el lazo negro que contrastaba con el papel de regalo marfil—. No hacía falta que os molestaseis.

—No son nuestros —respondió Jensen confuso—. Estaban junto a la puerta cuando llegamos.

La joven se giró y miró a su hermano, quien negó con la cabeza corroborando lo que Jensen acababa de decir. Emma buscó con la mirada a Cordelia. Seguramente los dejaron en el porche cuando llamaron al timbre. ¿Por qué no esperaron a que alguien saliese a recibirlos? O, lo que es más raro ¿cómo no los habían visto cuando estuvieron fuera? Eran enormes.

—En serio que no son nuestros, bicho —repitió Ryan levantándose del sillón al verla preocupada—. La última vez que te hice un regalo casi haces que me lo coma.

—Te recuerdo que era una lagartija disecada —contestó ella sin mirarlo. Sus cinco sentidos estaban puestos en ese misterioso regalo que no terminaba de atreverse a desvelar.

—¿Qué esperabas? Yo era un crío y tú una supuesta amante de los animales. ¡No fue mi culpa!

Respiró hondo y terminó de quitar la cinta negra que rodeaba el envoltorio. Rasgó el papel de regalo con cuidado, temerosa de lo que pudiese ocultar. Una caja preciosa en tonos dorados quedó al descubierto.

Al levantar la tapa hallaron un impresionante vestido blanco. A petición de sus amigas, Emma lo sacó y se lo colocó por encima para apreciarlo bien. Era de su talla. Parecía hecho a medida. La tela era de una delicada seda que comenzaba en palabra de honor y emprendía decenas de pliegues en la zona de la falda finalizándola en un exquisito encaje negro que rozaba el suelo.

—¡Alucinante! —exclamó emocionada Valery—. Creo que Jennifer Lawrence llevó uno parecido hace unos meses en…

—¿El de novia de *Los juegos del hambre*? —preguntó Cordelia.

Emma dejó atrás el debate de sus amigas. Lo único que tenía en mente era lo que significaba que ese vestido estuviese allí.

—Mamá —susurró mirando a su hermano. Él asintió—. Tiene que haber sido ella, como no ha venido pues…

Acabar con ese resquicio de esperanza le dolió. ¿En serio esperaba todavía que sus padres entraran por la puerta para celebrar su cumpleaños? Supuestamente ya lo había asumido. O al menos, eso creía.

Dejó el vestido en manos de sus emocionadas amigas y rebuscó por la caja para encontrar una inexistente tarjeta.

—¿Sabías algo? —preguntó Ryan.

Ella negó con la cabeza. Era de su madre. Estaba convencida. Desde que Emma era muy pequeña siempre había llevado un vestido increíble en el día de su cumpleaños. Si disfrutaba de esa fecha era porque se había convertido en la excusa perfecta para estar cerca de su madre. Natalie dejaba su trabajo por unas semanas y regresaba a casa para buscar con su hija el vestido perfecto, los complementos que mejor combinasen y organizar una fiesta donde se demostrase, un año más, la imagen de una familia idílica. Un espejismo que todo el mundo creía. Que todos envidiaban. Lo que nadie podía ver, era que, si Emma adoraba esos momentos, era por el hecho de poder disfrutarlos con su madre. Era obvio que ese año no sería así. El vestido estaba, aunque, el verdadero regalo, el hecho de contar con la presencia de sus padres… ese era un regalo que no tendría. Y era el único que de verdad le importaba.

—Aquí tienes otro paquete, bicho —apuntó Ryan tras rasgar el papel y hallar en el interior de la caja una muñeca que atrajo su atención como la miel atrae a las abejas.

Emma se quedó hipnotizada nada más posar sus ojos en esa extraña muñeca. Era antigua. Muy antigua. Hecha de lana. No tenía ni pies ni manos definidas. Sus extremidades eran redondeadas. Llevaba un vestido blanco con una chaquetilla amarilla a juego con el gorro que coronaba su cabeza. El pelo era una media melena de lana tan oscura como el color de sus ojos, dos botones redondos completamente negros. El único color

que destacaba en ese rostro eran sus rosadas mejillas. No tenía expresión. No se podía saber si estaba feliz o triste. No existían sentimientos en ella y parecía anular los de aquellos que se atrevían a mirarla.

—Pensé que mamá estaba al tanto de nuestra edad —añadió Ryan con ironía mientras zarandeaba la muñeca—. ¿Cómo se le ocurre regalarte una muñeca?

—Y no una cualquiera —Cordelia mostró una pequeña etiqueta que había dentro de la caja—. Se trata de una Wonsey original. ¿Os hacéis una idea de la historia que se esconde tras estas muñecas? Fueron una revolución en su época.

—¿Cuándo los carros tirados por caballos eran el coche de moda? —ironizó Valery.

Las palabras volaban alrededor de Emma. Sin embargo, ninguna llegaba hasta ella. Se acercó a su hermano para cogerla, aprovechando que los demás se arremolinaban alrededor de Cordelia y su *smartphone* para buscar más información sobre el famoso juguete Wonsey. Al sujetarla entre sus manos, sintió la misma sensación de vacío que la inundó cuando estuvo en el porche horas antes.

Frío.

En la habitación había vuelto a bajar la temperatura. Los colores volvieron a pasar a la gama de grises y ella se encontró de nuevo sola en un lugar desconocido.

¿Qué le estaba pasando? Anduvo un par de pasos hacia atrás. Asustada por el lugar donde se encontraba de repente. No reconocía los muebles, ni el color de las paredes… Esa no era su casa.

Continuó retrocediendo, acercándose a la chimenea que tenía a su espalda. En ese instante, lo único que le resultaba familiar era la muñeca que acababa de llegar a sus manos. La giró para apoyarla contra su pecho, aferrándose a lo único que no se había desvanecido frente a ella. Su mirada se dirigió hacia la nuca de la muñeca, donde solían marcarse la procedencia de los juguetes. Aunque en ese caso no encontró el nombre de un país, sino otra palabra totalmente diferente que provocó que su cuerpo fallara. Que las piernas dejasen de sostenerla.

Se desplomó justo al lado de la chimenea.

Sintió que alguien la sujetaba para evitar que su cabeza golpease

contra el suelo. No pudo ver de quién se trataba. Su mente estaba colapsada. Sus sentidos se habían nublado.

Los nombres tienen efecto.

Y ese la estaba arrastrando hacia un abismo frío y oscuro.

A un lugar desconocido donde solo resonaba ese nombre: Eva.